

Poemas en prosa

Inerme

Atado a transcurrir, la sueño como si la tuviera, masticando la música de sus pasos, que me alarman como si viviera mi último día de vida. Ella se queda en mi sueño, me acaricia a mansalva, el amor y el odio se hacen uno en sus manos, voladura de labios en soles añiados, tumor de latidos odores, carne de abrazos asesinados que gritan su crimen en caligrafía de humo cabalgando sobre la tarde. Salgo de sus ojos como puño que sangra las palabras cosidas a su voz. Y para no ver mi muerte, me oculto de mí donde empieza su mirada...

Víctor Díaz Goris

Licenciado en Psicología, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), 1990. Inglés como segunda lengua (ESL), Universidad APEC, 1991. Maestría en Gerencia de Marketing, Unapec, 2001. Maestría en Educación Superior, Proyecto Unapec-Camagüey, 2005. Posgrado en Educación Virtual, Virtualeduca, 2013.

Desde 1991 es docente de la Escuela de Idiomas y desde 2002 imparte docencia de diversas asignaturas del área de Psicología, ambos en Unapec. Como poeta y ensayista ha publicado artículos en las revistas Ágora y Vetas, en la versión digital del periódico Listín Diario y el periódico El Nacional. Ha obtenido numerosos reconocimientos, entre ellos "Poeta destacado del mes" y "Poema destacado del mes". Su poema "El Quetzal y Tú" obtuvo Mención de Honor en Argentina, sus poemas han sido incluidos en varias antologías internacionales. Fue miembro del grupo de poetas Juglares de la Academia, de la Academia Dominicana de la Lengua.

Caminantes

Tu boca indefensa como pez en la orilla pare árboles de sangre, camino de aromas que viene hasta mis pies. Te llamo en acústica de miradas que forcejean con los sueños, esqueleto de palabras temblorosas como duda lanzada a creer que derrota a su enemigo elegido. En tu aliento nadan luciérnagas como puños levantados, eco de carnes de espejos macerados acosados por una manada de asombros. Vienes y nos amamos junto a una fauna de flores a contrapelo de un lecho de respuestas acezantes, fiebre dormida sobre la tarde insomne. El azul de tu silencio asolece mi pensamiento. En tus senos restallan mis ganas, nacimiento de nubes carnívoras que adultece-aniña nuestro deseo. Y caminamos, ciegos, hacia el cementerio que nos vio morir y salir tantas veces...

Luz lavada

Exprimen sangre sus palabras, mirada que viaja con sus latidos en charco de caricias demoradas. Su voz es una fiesta que aniña el infinito. Su cuerpo recitado se deshace al mirarlo, y vuelve donde estaba en alas de extraños sonidos. Hecha de las palabras que dan vida a las cosas, ella es luz lavada y secada que se amenaza con su propia belleza, como si fuera a soltar el arrepentimiento del jifero. Es carne de vocablos dados al estremecimiento, piel de guitarras que retornan al cementerio, número que cabalga el principio de su derrota. Un final de adulta tiembla en su alma y pregunta: "¿Adónde van las pesadillas y los deseos frustrados?", mientras el

color de su voz se enrosa de futuros. Hojeo su sexo como a un libro sagrado, con el día bajo el brazo y la noche que se aleja con sus pies de muerta, y entramos a nuestro sueño huraño en forma de crisantemo, espejo de emociones que nos revive, y el amor vuelve a no hacernos, repitiendo cada vez su castigo...

Llegada

Su corazón-jardín, lágrima rebelde escapada a los demonios, germina miradas como rabias de Dios, sumidero de emociones mediomuertas fruto de sus pasos-espadas que Eva casi no envidió. Porteadas por su voluntad, asoma a vivencias para las que su cuerpo todavía no ha desarrollado sentidos. Hambrea su paso separado de su cuerpo. Ella no es, pero está. Existe-revierte lo que vendrá, como coágulo de errores parecidos a la huida, su aroma recoge pausas en tránsito de asomos. Aves hechas monedas de furia y desprecio mojan su voz con el vuelo. Su nombre se echa a mi lado como si fuera a morderme, quizás como fuego domesticado que anuncia mi ceguera, o rama en primavera en busca de quien la fecunde. Ella es pecado bienoliente y benévolo con tibia premura para el amor que se retarda en la intransigencia. Suena a media luz su boca presentida, su sombra hecha de sangre y de intentos descifrados. Camina sobre un río zurdo con rechinar de alhajas, y deja un agua pública y canosa que se suicida con su nombre. Acolora su voz perseguida por las garzas, muerta unánime cuyo cuerpo en forma de tal vez se adentra en las llagas de morir, fruta vencida que se acerca más a llegar que a partir...

Vigilancia

La tarde afila su vieja belleza con una asomada de sol. Ella es más hermosa que las miradas que la siguen. Más aún que un náufrago que aúlla en alas de un misterio, error disipado al que le quitaron el suelo. Menos que una mujer semidesnuda que cosecha manzanas púrpuras del aire, voces marchitas, sonidos arrugados, ojeadas calvas. Busca un gusano hecho de ecos de gemidos que no quiere comer su cadáver. Por su sexo entra un animal sonoro como una herida, fruta en boca del viento que aflauta su tristeza melodiando los muertos que danzan con su sangre. Hay una explosión de olores con la forma de su voz, reflejo de aromas con rostro de mujer, caledonia de azahares crucificada a su tristeza. Derrotada, espera su cuerpo como se espera el pecado: con la certeza de que estará con ella, cuando no llegue la resurrección...

Devolución

Un cabello que viene del averno cae sobre el plato y Dios, tranquilo, se lo devuelve a Adán.

Castigo

La loca le puso cadenas al espejo y su imagen ya no salió más...

